



Orbis Tertius, vol. XXIII, n° 28, e102, diciembre 2018. ISSN 1851-7811  
Universidad Nacional de La Plata  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria

## Elvio Gandolfo, *El libro de los géneros recargado*.

Buenos Aires, Blatt & Ríos, 2017, Colección Violeta, 416 páginas

Leonardo Berneri

**Cita sugerida:** Berneri, L. (2018). [Revisión del libro *El libro de los géneros recargado* por Elvio Gandolfo]. *Orbis Tertius*, 23(28), e102. <https://doi.org/10.24215/18517811e102>



Esta obra está bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional  
[http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es\\_AR](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es_AR)

## Elvio Gandolfo, *El libro de los géneros recargado*.

Buenos Aires, Blatt & Ríos, 2017, Colección Violeta, 416 páginas

Como la caballería, que llega justo al final, en el momento en que todo parecía perdido, y revierte el estado de las cosas, los géneros llegan a la literatura por distintas vías para sacudirla y transformarla. Esto sostiene Elvio Gandolfo en el prólogo a esta nueva edición, *recargada*, de su libro de ensayos sobre los géneros. *El libro de los géneros recargado* reúne su pensamiento acerca de los géneros “menores” y de su relación con la literatura “mayor”. Las comillas, que son del autor, señalan el escepticismo con que Gandolfo concibe a esa jerarquización y demarcan la política de reivindicación de los géneros que va a desplegar a lo largo de más de cuatrocientas páginas. El libro compila textos producidos a lo largo de cuarenta años. Incluye prólogos, notas, reseñas y ensayos, además de entrevistas. Está dividido en cuatro grandes capítulos —*Ciencia ficción, Policial, Terror y Literatura fantástica*—, cada uno de los cuales comienza con escritos que dan un marco histórico del género e intentan definirlo conceptualmente. Los artículos que les siguen están dedicados a autores u obras específicos, no solo de la literatura sino también del cine. Se echan de menos los tres cuentos que cerraban la primera versión de *El libro de los géneros* publicada por Norma en 2007, aunque la abundancia de nuevo material justifica por completo la edición. La galería de nombres de autores y de obras que circula por las páginas del libro es interminable. Gandolfo expone —siempre con pertinencia y nunca con pedantería— la erudición de los géneros que maneja. Se trata, también, de un manifiesto de sus gustos como lector y, principalmente, de una referencia inevitable para aquel que quiera sumergirse en la ciencia ficción (CF), el policial (o *la* policial, como prefiere Gandolfo), el terror o el fantástico. Toda una biblioteca y las herramientas necesarias para su lectura se van desplegando a lo largo de las páginas.

El capítulo dedicado a la CF ocupa casi doscientas páginas —la mitad del total— y está compuesto por doce ensayos. Esta preeminencia se corresponde con la incidencia que tiene el género en la narrativa de Gandolfo: aunque no se admita como un escritor de CF, es más probable hallar, cuando revisamos las páginas de, por ejemplo, su volumen de cuentos completos —*Vivir en la salina*—, textos que se acerquen más a ese género que a cualquiera de los otros abordados en el libro que aquí nos ocupa. Gandolfo realiza un recorrido por la historia y la prehistoria de la CF y señala como sus fundadores a Verne, Wells y Rosny Ainé, que publicaban sus textos en revistas y publicaciones periódicas, marca registrada del género durante gran parte del siglo xx. A lo largo del capítulo resuena con insistencia el nombre de Philip K. Dick e, incluso, dos ensayos le son dedicados: *Doce miradas al mundo de Dick* y *El testamento de Dick*. En lo que respecta a la CF en Argentina, Gandolfo es categórico: “la ciencia ficción argentina no existe” (p. 37). A pesar de esto, dedica numerosas páginas a realizar breves reseñas de los cuentos y novelas que considera podrían formar parte del género y de aquellos que en algo lo rozan —desde Holmberg, pasando por Lugones, Quiroga, Borges, hasta Gorodischer (la que más elogios recibe), entre otros cuyos nombres apenas si se escuchan hoy. Por su fecha de publicación original (fueron publicados entre 1978 y 1981), estos textos de Gandolfo quedan desactualizados con respecto a toda una serie de narradores contemporáneos que rondan el género de la CF (pensamos en Oliverio Coelho, Marcelo Cohen, Rafael Pinedo o Roque Larraquy). La entrevista incluida en el capítulo, de publicación más reciente (2003), no solo no soluciona esa falta sino que, por el contrario, en ella Gandolfo sostiene que la CF argentina “ha pasado de la casi inexistencia a la casi desaparición” (p. 85).

Una idea atraviesa todo el libro y —aunque se trate de una compilación de textos dispares en la fecha de su publicación— le otorga una cohesión teórica que permite concebirlo como una unidad. Se trata de la

oposición dentro/fuera para pensar la relación entre el género y los lectores. Gandolfo distingue dos tipos de lectores posibles: el lector fuera del género, que está acostumbrado a leer “literatura a secas” (p. 32), y el lector dentro del género o aficionado. Cada género tiene sus propias legalidades, sus propias lógicas de valoración que determinan desde qué posición pretende ser leído. En lo que respecta a la CF, la principal diferencia —afirma Gandolfo— estriba en el valor otorgado al contenido y a la inventiva por sobre la forma. Lo importante es que algo “te provoque una especie de salto en la cabeza mientras lees” (p. 81). *El libro de los géneros recargado* es, ante todo, una pedagogía de la lectura. El lector dentro del género, advierte Gandolfo, “tiene la desgracia de no poder considerar al género fuera de sus límites” (p. 33); si no se poseen “otros puntos de referencia, se suele caer en la exageración de considerarlo la única forma válida de narración” (p. 33). El lector fuera del género, por su parte, es incapaz de comprender su funcionamiento ya que lo lee con valores que no son los convenientes. A menudo, para este lector, la CF “resulta a un mismo tiempo excitante en el planteo de sus ideas” y “fallida en sus aspectos expresivos” (p. 35). Un buen lector —se deja entender— debería colocarse en una posición intermedia, conociendo el género desde adentro para poder apreciarlo y no pensarlo simplemente como literatura mal hecha pero, a la vez, sabiendo salirse de él para considerarlo como una expresión posible entre otras y no caer en un acriticismo infructuoso. Quizá *El libro de los géneros recargado* nos permita repensar la producción literaria del autor y comprender, en primer lugar, su rechazo a que lo cataloguen, sin más, como un escritor de CF (en más de una oportunidad encontraremos comentarios al respecto en el libro). Esta posición intermedia —la conveniente para el lector— es, a la vez, la posición que elige Gandolfo como narrador para escribir en la frontera de los géneros.

El segundo capítulo, dedicado al policial, sobre todo al clásico o inglés, comienza también con un panorama histórico. Allan Poe, sostiene Gandolfo, “sentaría las bases definitivas del género” (p. 198) mientras que Conan Doyle implanta una “estabilización definitiva de los caracteres reconocibles del género” (p. 202). Las carencias estilísticas de este último, señala, no son tales cuando se considera esta “labor de ordenamiento, de normalización” (p. 202) que realiza con los textos del *canon holmesiano*. Dentro del género, esto constituye una virtud —otro ejemplo de cómo un género impone sus propias lógicas de valoración. Los ensayos más destacables de este capítulo son *Perdónalos, Marlowe, porque no saben lo que hacen* y el artículo dedicado a George Simenon. En el primero de ellos —unos “apuntes de lector” (p. 213)— Gandolfo se despacha con acidez contra la novela negra argentina. El segundo es una semblanza de la biografía y de la obra del prolífico escritor belga, creador de Maigret, uno de los detectives inolvidables de la historia del policial.

En el primer texto del capítulo sobre el terror, la indagación de su historia pasa a un segundo plano y es relevada por el problema de la definición del género. El terror —afirma el autor—, a diferencia de los demás géneros que trata en el libro, apunta “a una reacción corporal” (p. 299) sin que por esto se reduzca a una mera “pornografía de la muerte o la violencia” (p. 313). Las mejores obras del terror —sostiene Gandolfo siguiendo a Stephen King— son aquellas que poseen un trasfondo opaco en el que vibran temores “arcaicos, ancestrales” (p. 298). En *Dentro y fuera del género. Cine y terror* se vuelve sobre la idea de que es necesario posicionarse en el interior del género si se pretende comprenderlo, esta vez para juzgar a aquellos directores que “se le atreven” al terror. El texto sobre *Alien, Alien: un falo anda suelto*, es el más arriesgado de todos los que componen el libro. Allí Gandolfo demuestra, en una escritura fragmentaria y lacónica, que, además de un excelente prologuista y reseñador, es un ensayista intrépido.

La literatura fantástica ocupa, por último, el más corto de los capítulos del libro. La presentación del género es, al igual que en el caso anterior, más teórica que histórica y comenta la bibliografía más conocida sobre el tema, entre la cual destaca *Arte y literatura fantástica* de Louis Vax, “un libro breve, informativo y práctico” (p. 378). El resto del capítulo está compuesto por seis reseñas entusiastas sobre libros del género fantástico. Gandolfo señala sus preferencias sin reservas, no siempre dando razones para su arbitrio. Un ejercicio —el de repartir caprichosamente sus juicios personales— que practicó con ocurrencia en sus *Margaritas*: textos en los que deshojaba, como un enamorado, los pétalos de sus gustos en cuatro mini-secciones: *Me gusta muchísimo*, *Me gusta mucho*, *Me gusta poco* y *No me gusta nada*. Las margaritas aparecían en la revista *La mujer de mi vida*

y se encuentran compiladas en un libro homónimo publicado por Letra Sudaca en 2015 —que se puede leer como complemento del que reseñamos aquí— junto a notas breves escritas para el mismo medio en las cuales Gandolfo tenía licencia para escribir lo que quisiera: generalmente —no siempre— optaba por la literatura, el cine y el ambiente que se genera en sus alrededores.

Para finalizar, podríamos definir *El libro de los géneros recargado* con las palabras con las que el propio autor, en el prólogo, expresa la intención de los escritos que reúne en él: didáctico y entretenido. Gandolfo sabe que ninguno de los dos son significantes que cuenten con prestigio en el ámbito de la literatura y la crítica académica. Análogo a su política de reivindicación de los géneros, su rescate de las dimensiones didácticas y de entretenimiento que pueda tener un libro de ensayos constituye un acto de irreverencia. Gandolfo se ríe de las convenciones. La carcajada de su rostro reproducido en la tapa del libro (en un estilo que remeda aquel punteado con que las impresoras *offset* imprimían sus colores en los *comics*) es el signo de ese acto.

Leonardo Berneri